

I.

La conjunción de dos astros.

—¡Señores y señoras, escuchen Vds. nuestras canciones; ¡las hay para reír y para llorar!—gritaba Valía, delante de cuatro concurrentes á la Plaza Real.

—¡Espectáculo gratis! (decía Esther); lo que siempre cuesta el dinero.

Mientras que Valía templaba su guitarra, Esther exclamaba, comiéndose una manzana:

—No hagan Vds. caso; es mi manera de beber un vaso de sidra. Silencio, señores y señoras; el espectáculo va á empezar.

Y la traviesa y bonita niña de doce años dirigió su vista á los árboles vecinos.

—¡Se callarán Vds.!

Se dirigía con estas palabras á los pájaros que piaban ó cantaban, saltando en las ramas de los árboles.

—Si son Vds. prudentes (continuó), les regalaré un pastel.

Una niñera que pasaba se detuvo; después un soldado que la seguía; después un chico; luego varios. Los transeuntes de ambos sexos pasaban y repasaban sin pararse, como si temieran ser cogidos en flagrante delito de vagancia. Y, sin embargo, las dos hermanas bien merecían que perdieran cinco minutos en contemplarlas.

París brillaba bajo el sol de Abril, en uno de esos hermosos días en los cuales es menester llevar en una mano el quitasol, y en la otra el paraguas. Por la mañana el sol resplandece en el azul del cielo. De pronto viene, sin saber cómo, una nube que descarga en un chaparrón que pone como nuevo á todo el mundo. El viento dispersa las nubes, el sol brilla de nuevo; se cree uno seguro. Pero á los pocos instantes se oye un trueno, el granizo choca contra los cristales; pero esto no es nada: una borrasca lo inunda, el sol lo quema; en una palabra, el más hermoso día del mundo.... en París....

La escena pasa, pues, en la Plaza Real; algunos mirlos silban, y saltan de rama en rama, sin inquietarse por el canto de los pajarillos que anidan en los árboles, ó se ven aprisionados en las ventanas.

Pero he aquí otros pájaros cantores que quieren interrumpir al mirlo, ese curioso que se interesa en la comedia humana, puesto que le

agradan más los jardines de París que las solitarias florestas.

Estos otros pajarillos son una joven y una niña, las señoritas Valía y Esther, dos hermanas que, como los jilgueros de las Tullerías, se procuran, cantando, su sustento.

Esther estaba muy pálida bajo sus oropeles; un traje ajado lleno de lentejuelas; medias blancas, manchadas de lodo, y unos chapines orientales, demasiado grandes para su bonito pié. Su cabeza se inclinaba tristemente bajo una corona de flores artificiales, en donde había atado con unas cintas algunas rosas encarnadas, cogidas sabe Dios dónde, quizás en la espuerta de alguna trapera.

Sus hermosos cabellos, todavía dorados, flotaban sobre sus espaldas y se arremolinaban sobre su frente, descubriendo claramente que no habían conocido las caricias del peine desde algunos días antes. La niña se contentaba con arreglarlos y alisarlos con sus manos. ¿Quién había hecho tan gentil á aquella criatura de doce años, que corría por las calles tocando la guitarra y cantando?

¡Y qué canciones cantaba! No eran las canciones de los bosques; eran las de las calles. Las más atrevidas se escapaban de aquella preciosa boca, como sapos saliendo en el agua cristalina de una fuente.

Aquella pequeña bohemia tenía algo de la gacela, de la hiena y de la bacante; encontraba uno en ella no sé qué de rebelión salvaje; pero, al mismo tiempo, ¡cómo cautivaban sus ojos de tigre! Monstruo encantador que ocultaba á la mujer, y que derramaba ya violentas seducciones, por sus cabellos ondulantes, por el encendido carmín de sus labios, que encubrían pequeños y agudos dientes, como los de una fiera, y por su voz pastosa de contralto; pero estaba completamente inocente de la impresión voluptuosa que causaba. Además, ella no hablaba así á los sentidos sino en el momento en que cantaba sus canciones. Cuando no cantaba, parecía más bien una Mignon extraviada. La expresión de su rostro se endulzaba bajo una vaga sonrisa de candor; prueba evidente de que aún existía la niña bajo la improvisada comedianta. Si digo comedianta, es porque ya tenía todos los recursos de la artista que estudia las elocuencias del gesto, de la actitud, de la figura. Se convertía en una pequeña hija del Cid; ponía su mano en la cadera, declamando alguna escena de Molière, ó bien cualquier relación picaresca, con el acento burlón y especial de los parisienses de Montmartre.

¿Por qué la habían condenado á aquel horrible oficio de distraer á los paseantes, ocultando más de una vez sus lágrimas? Porque no era hija

única aquella corredora de calles, desaliñada como mal vestida.

La hermana de Esther no era de esas hermosuras que se están sin hacer nada; no se contentaba con sus coqueterías de joven, ni con sus preciosas variaciones en el arpa; cantaba también, pero tal como lo sentía. Era la romanza de los salones; las cocineras derramaban una lágrima, y le daban un par de monedas de diez céntimos.

—Eso sale de la sisa,—decía Esther.

Valía no tenía las palideces de su hermana. Vestía como una joven de los arrabales en día de fiesta. Ésta poseía el aliciente de la alegría; su rostro burlón tenía el atractivo de la mirada y de la boca; casi mordía con sus ojos negros y con sus rojos labios, como con sus blancos dientes.

Era tan rubia como morena su hermana; solía decirse de la una y de la otra; hermosa de día, hermosa de noche; pero había un mundo entre aquellas dos criaturas. La mayor era una joven como otras muchas, á quienes los ensueños de la imaginación nunca desvelan; una de esas criaturas sensuales, que no conocen todavía ni las alegrías del espíritu, ni las lágrimas del corazón; las pasiones brutales las someten y las hacen gritar, pero sin arrancarles jamás el grito supremo del alma; su herma-

na, en cambio, era de aquellas á quienes no domina más que la fuerza del corazón ó la del genio.

Existen á menudo estos contrastes en las familias: es que la naturaleza, al formar los seres humanos, prueba su eterna sabiduría por medio de los contrastes; jamás usa de la misma masa, ni forma dos seres bajo el mismo modelo, á no ser que abandone la mitad del trabajo á esas fuertes madres de familia que la historia registra en tan corto número; por ejemplo, para no ir más lejos; Læticia Bonaparte y Teresa Tallien, dos madres por excelencia, que han formado sus hijas á su imagen.

La madre de nuestras dos heroínas no era de estas madres olímpicas; tenía otras hijas, que aunque todas del mismo padre, no se parecían. Todas tenían, sin embargo, una inclinación idéntica, como si fuera un aire de familia. Esta inclinación era el entusiasmo por el arte; todas querían aparecer en la escena.

Si la pobre Esther entretenía á los desocupados con la mandolina ó la guitarra en la mano y la canción en los labios, no se distraía con esto ciertamente, aunque se sintiera arrastrada por aquella vida de aventuras; pero si le agradaba menos la casa que la calle, era porque en su hogar se moría de hambre y se veía maltratada,

mientras que en las calles todos le ponían buena cara y le daban dinero.

¡El dinero! Un Dios, puestó que manda y se hace obedecer, puestó que da la libertad, el lujo, la alegría. ¡El dinero! ¡Ese último rey de los judíos!

Ahora bien: Esther era judía. Sí, pertenecía á esa raza obstinada que se podría llamar la judía errante, que no tiene patria, y está condenada á recorrer el mundo, no con sus cinco sueldos, sino con sus cinco escudos de oro que le queman las manos.

Judas vendió á su Dios; los judíos expían el crimen de Judas.

—Vamos, vamos, niña; concluye tu manzana (dijo Valía); bien ves que esta distinguida sociedad es toda ojos y oídos.

—¡Oh! sí (contestó Esther, arrojando lejos de sí el corazón mordido de la manzana); ya tenemos espectadores.

Y señalaba á los tres niños que paseaba la niña.

—¡No cuentas con el defensor de la patria!— murmuró su hermana.

Era cosa bien triste para algunas personas, para «las almas sensibles,» como se solía decir no hace mucho, ir cantar á aquella niña descolorida y triste canciones más ó menos lascivas; pero el verdadero público, el que se divierte

con todo, se entretenía alegremente, sin darle ningún cuidado de las lágrimas de aquella criatura. Aquel día cantaba lo siguiente :

LO QUE ME DESCONSUELA Y LO QUE ME CONSUELA.

—
Debo heredar á mi abuela
Y á mi tío el señor Blas,
Pero ¡ay Dios! me desconsuela
Que no se mueren jamás.

Les abruman los dolores,
No tienen sano ni un pelo,
Les asisten seis doctores....
Y esto sólo es mi consuelo.

—
Por servirme se desvela
La mujer que tengo en casa,
Pero ¡ay Dios! me desconsuela
Que con sus celos me abrasa.

Mujer propia, aunque eres buena
Y mereces ir al cielo,
Si fueras mujer ajena,
Fuera para mí un consuelo.

—
Perseguido de acreedores,
Requerido, amenazado,
Yo, señoras y señores,
Vivo muy desconsolado.

Pero, en medio de mis males
Me consuela; vive Dios,
Que ellos son por los cariales
Más perseguidos que yo.

Los espectadores aplaudieron riéndose. Esther tenía el arte de representar todos los personajes que figuraban en sus canciones.

Le dieron algunas monedas; una mujer les ofreció dos naranjas; unos niños unas manzanas, malos presagios para la futura comedianta; pero un pintor decorador de alta estatura, un Hércules, con su blusa blanca, llamado Gantua, vengó á las dos hermanas ofreciéndoles un franco.

—Les doy (dijo) la cuarta parte de mi jornal, pero me llevo alegría para un buen rato.

Era, además, amigo de ellas desde hacía seis semanas. Esther le había puesto el apodo de Gargantua, un día que le vió almorzar en una taberna morcilla y embuchado.

Después sólo se le llamaba Gantua.

Un caballero, todo vestido de negro, que vivía enfrente de donde cantaban las niñas, se detuvo, como todo el mundo, al salir de su casa, y cruzar por la Plaza Real, sonriéndose ante aquel espectáculo al aire libre.

Aquel no era un artista del pincel, sino de la pluma. Como le conocían bastante en el barrio, algunos espectadores le saludaron y le hicieron sitio, encontrándose colocado, á pesar suyo, en primera fila.

Aquel día le esperaban en el teatro; pero la fisonomía de la niña Esther, llena de inteli-

gencia, le llamó la atención, y se detuvo un minuto.

Pensó que el mejor empleo que podía dar á una moneda de cinco francos era ponerla en la mano de la interesante bohemia.

Al dársela, le dijo:

—Amo á los artistas y á los niños.

Esther le besó la mano.

—¡Oh! ¡Si quisiera V. hacerme una canción!

Sacó entonces el caballero de un bolsillo de su traje algunas cuartillas.

—Toma, hija mía; he aquí algunas estrofas que uno de mis amigos acaba de poner en música. Cántalas con la de cualquier aire popular; me agradan las canciones de las calles.

Besó en la frente á Esther, y se alejó rápidamente. Esther palideció.

—Valfa (dijo á su hermana): ¿no ves una corona sobre mi cabeza?

—No (respondió Valfa): no es una corona; es una aureola.

En efecto, Esther estaba transfigurada.

Entre los admirables grabados de Alberto Dürero, hay tres, los menos conocidos quizás, que representan la *Creación del mundo*.

Dios, iluminando el caos con una mano, lleva la otra á su frente. Y la luz y la inteligencia brotaron de la frente del Eterno. Es un hermoso simbolismo. He aquí por qué todas las cabe-

zas privilegiadas están llenas de luz y de inteligencia.

Una mujer preguntó al pintor de muestras si conocía al caballero de la hermosa y despejada frente.

—No, ¿y V.?

—Se llama Víctor Hugo.